GRADOS DE ORACION Y PURIFICACION EN SANTA TERESA

Estos grados en la Santa son muy parecidos a los de San Juan de la Cruz. De la Oración habla con plena autoridad de Maestra. Escribe dos libros para señalar los grados de la oración. En el «Libro de la Vida» los describe desde el primer grado, la oración discursiva, pasando por la oración de quietud o contemplación, hasta la unión simple y la unión estática.

En las MORADAS los ordena así: 1.º, 2.º y 3.º comprenden la práctica ascética de la oración discursiva. 4.º La Oración de Quietud o Contemplación. 5.º La Unión simple. 6.º la Unión extática y 7.º Unión Transformante o Matrimonio espiritual.

De las VIRTUDES hace en las MORADAS un cántico hermosísimo de las TEOLOGALES. De entre las CARDINALES se fija singularmente en la FORTALEZA que es la que más se practica en la oración, pues con ella supera la pereza, las sequedades, e incluso prepara el alma para la terrible prueba de la NOCHE OSCURA. La escala de Perfección de la Santa está toda apoyada en los grados de Oración, de la que es consumada

Maestra, por eso decía con fundamento, que la vida de oración y la vida de santidad vienen a ser equivalentes, iguales. Veamos explicada esta doctrina de la Santa en sus célebres «SIETE ESCALONES DE PERFECCION».

Santa Teresa, que a tantas almas guió a las cumbres de la Perfección, escribe un Libro, que ella llama así: «Camino de Perfección», con él no sólo ilustra la doctrina, sino que ayuda eficazmente a subir paso a paso a las cumbres de la santidad. Y en el «Libro de la vida» encontramos escalonados esos grados, en los SIETE ESCALONES.

Primer escalón. El alma reconoce su debilidad, en imperfección. Llena de faltas acude a Dios humildemente para que le libre de ellas. Es la CONVERSION, punto coincidente para todos los que emprenden esta subida.

Como oración empleará la mental o discursiva, *usando siempre el libro*, y la hará como dice San Juan de la Cruz, dividiendo la materia en tres puntos: 1.º Representación del Misterio. 2.º Ponderación sobre el mismo y 3. Quietud amorosa en Dios. En toda oración ha de aparecer siempre el Amor de Dios.

Segundo escalón. El alma liberada del pecado, empieza a sentir vivos deseos de santidad, que alimenta con la oración y la mortificación.

En este grado, la Oración suele ser de recogimiento activo, que es una modalidad de la Medi-

tación, sin olvidar como ella dice, que el aprovechamiento del alma en la oración está más en Amar que en pensar.

El «Recogimiento» lo describe la Santa como un Don de Dios por el que los sentidos interiores y exteriores se recogen hacia el fondo del alma para allí oír la voz del Amado, del Pastor.

Tercer escalón. Es una prolongación, pero ampliada y purificada, de esos deseos de santidad, de tal modo que a alguno pudiera parecerle hasta temeridad; pero no es así, porque el alma va por buen camino con la oración y acción purificadora.

Empleará la oración de quietud o Contemplación. La Santa la llama Embriaguez Espiritual, que es como un exceso de gozo espiritual, que la vuelve como embriagada de Dios.

Es un sentimiento íntimo de la presencia de Dios en el alma, que cautiva totalmente nuestra voluntad, aunque no el entendimiento y la memoria.

Es el encuentro con Cristo. Él dirige mis pasos.

Cuarto escalón. En este escalón se despierta en el alma una confianza ilimitada en conseguir la santidad.

En sus combates podemos ver que lucha intensamente, pero con confianza, porque sabe bien que, «Todo se pasa» y «Con paciencia todo lo alcanza». Dios le ayuda,

La Oración es de CONTEMPLACION PERFECTA. El alma entra de lleno en la Vida Mística. Practica la UNION EXTATICA, que Ella llama arrobamiento o arrobo, donde va perdiendo poco a poco el uso de los sentidos. Extasis. A veces este fenómeno místico es muy rápido y entonces se llama «Rapto» y es como si el alma saliera del cuerpo.

Quinto escalón. Se recrudece el COMBATE ESPIRITUAL, el alma reconoce su falta total de méritos, y que todo lo que haga de bueno es de Dios.

Medita muchas veces el caso de San Pedro, el Apóstol que de verdad amaba a su Maestro, espejo vivo donde ha de mirarse el sacerdote; pero dejó la oración, se durmió en el Huerto, confiando en sí desmedidamente, con presunción manifiesta y metido en la ocasión cae estrepitosamente.

Pero amaba a su Maestro y eso le salvó. ¡Con qué valentía se levantó, lloró y siguió a Jesús!

Nosotros para no vernos en situaciones parecidas, ¡Cómo hemos de reconocer nuestra absoluta debilidad y que todo lo bueno que tengamos es de Dios! Sin embargo el alma vuelta a Dios, puede seguir su ascensión mística con promesas de fidelidad al Amado, hasta el Desposorio Místico. Así vence la presunción que puede estar escondida en el alma.

Se purifica con la NOCHE PASIVA DEL ES-

PIRITU; PUES NECESITA PASAR POR ella para quedar limpia hasta de las últimas raíces del pecado.

Sexto escalón. Este grado está marcado por la confianza.

La Santa va entregándose totalmente a su Señor y confiada enteramente a su poder. Pide a Dios que Él sea su santidad y su paz.

Sin embargo no olvida la vigilancia y la perseverancia en la lucha, el COMBATE ESPIRITUAL, ya que el enemigo no duerme y el alma está siempre sometida a la prueba.

La victoria en esta lucha traerá como consecuencia la Alegría y la Paz, «Gaudium cum pace», que en sentido inverso pedimos cada día.

Para conseguir la paz y la alegría hay que pasar necesariamente por todos estos grados: conversión, penitencia, gracia y el auxilio del Espíritu Santo.

El fenómeno místico en este grado es la UNION EXTATICA o Desposorio Místico, que es la donación total de toda la persona: alma y cuerpo, sentidos y potencias.

Séptimo escalón. Conseguida la paz, el alma ha llegado a la cumbre donde sólo reina el Amor. A los Desposorios Místicos con el Amado, estado que nos recuerda aquel diálogo encendido de Jesús con su alma: «Yo soy Jesús de Teresa - a lo que ella responde: y Yo Teresa de Jesús» y con ese nombre quedaría para siempre.

Cuando se ha llegado a este estado, como la Santa, Cristo me elevará en sus brazos, me cubrirá con su santidad divina.

El alma identificada con Cristo, bien puede decir con San Pablo: «No soy yo el que vive es Cristo quien vive en mí».

En toda esta Escala Mística el alma de Teresa practicará la más elevada oración, como la Quietud, la Unión extática, el Desposorio Místico y la Unión Transformante. Oración que irá siempre acompañada de una Purificación fortísima, como la Noche Oscura, pero a la vez de consuelos espirituales de verdadero cielo anticipado.

Sólo sufrirá, como verdadera alma enamorada, por si alguna vez no pudiera amar a su Dios. A cambio de ese Amor, manifestado con obras, el Buen Dios multiplicará sus finezas, los fenómenos místicos como: la embriaguez espiritual, el arrobamiento, los raptos, las elevaciones, las bilocaciones, las trasververaciones, las saetas de fuego, los cambios de anillos, etc., fenómenos singularísimos, pero en ella muy repetidos por la misericordia del Señor.

En este ejercicio de la perfección, las VIRTUDES CRISTIANAS serán su alimento diario, primero las infusas, sobre todo la Caridad, tan propia de los que andan por estos caminos, esos que la Santa llama «Siervos del Amor», dando a entender lo que en otra ocasión dice que «Orar es Amar», y que orar es un servicio a Dios.

Practica también las virtudes Morales todas, y de modo especial la FORTALEZA, que le dará la perseverancia en la oración a pesar de sequedades y turbaciones.

En su libro LAS MORADAS alienta a sus monjas para que perseveren en la oración y les dice: «No os desconsoléis, aunque no respondáis luego al Señor, que bien sabe Su Majestad aguardar muchos días y años, cuando ve perseverancia y buena voluntad».

Así con el ejercicio de todas estas virtudes, supera las pruebas de la NOCHE OSCURA tan tremenda, donde el alma se siente como abandonada de Dios y llamada al infierno.

Todo esto lo superará con su amor intenso al Buen Dios y también con el conocimiento y perfecto dominio que tiene de todos los grados de oración.

Como experta Maestra que es, este conocimiento le previene de cualquier posible engaño del enemigo, en campo tan propicio a ello.

Otra virtud que la Santa practicó siempre es el ABANDONO EN LAS MANOS DE DIOS, la Santa Indiferencia.

Con ella controla todos sus afectos y deseos poniéndolos en manos del Buen Dios.

En su hermoso himno sobre El Abandono en las manos de Dios hay versos maravillosos cargados de esa esperanza:

Veisme aquí, mi dulce Amor
Amor dulce veisme aquí
¿Qué mandáis hacer de mí?
Veis aquí mi corazón.

Dadme muerte, dadme vida
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad
dadme guerra o paz cumplida
flaqueza o fuerza a mi vida
pues por vuestra me ofrecí
¿Qué queréis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad,
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza
dad consuelo o desconsuelo
dadme alegría o tristeza
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo,
pues del todo me rendí
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando

Quiero por Amor holgar
Si me mandáis trabajar
morir quiero trabajando.

Hermoso acicate para nuestra inconstancia y volubilidad estos versos de la Santa.

Hablando de las Purificaciones la Santa dice:

«Bien vale la pena sufrir aquí un poco más y merecer allí mayor recompensa, porque si para algo vale esta vida tan breve, es para ganar con ella la eterna. A mayor Cruz mayor gloria».

Abundando en la doctrina de San Juan de la Cruz, sobre la relación íntima que existe entre oración, fenómenos místicos, purificaciones y virtudes; la Santa nos dice: «Todos los fenómenos Místicos no son sino manifestaciones de la VIDA DE ORACION».

Oración que va acompañada con los Dones del Espíritu Santo, que como regalos que son de Dios, producen en el alma veradera floración de virtudes, que la embellecen, la santifican y la hacen más grata a Dios».

Vamos a ponernos nosotros bajo su Magisterio espiritual, a seguir sus pasos, en la seguridad de acertar y conseguir mucho provecho espiritual para el alma.

ESCALA DE PERFECCION EN SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

Como en todas las Escalas de Perfección, donde Ella bebió su doctrina, la Santa hace una separación marcada entre purificaciones activas y pasivas.

Enamorada del Amor de Dios, lo pone en el centro de su vida, y se vale de él para que le sirva de apoyo en cada grado de su escala. En la primera fase, la Santa señala cuatro grados: Temor de Dios, Conversión, Esperanza y Gratitud, todos fundados en el Amor de Dios.

En las purificaciones *pasivas*, también busca apoyarse en el valor infinito del Amor de Dios y en la serie de cualidades divinas, que la Santa descubre en cada una de sus facetas. Así nos habla del *amor laborioso* que corresponde a las pruebas exteriores y desolación en San Juan de la Cruz; del amor generoso y desinteresado, que son parecidos a las pruebas interiores y aridez espiritual, purificación quinta del Santo.

Después emprende un vuelo raudo a las alturas místicas con su Amor delicado, con poesías de cielo, y termina con el Amor exclusivo, donde aparece la enfermedad, el sufrimiento conocido

sólo de Dios, que corresponde a la sexta purificación de San Juan.

Termina con la *perfección del Amor,* que la Santa pone en su virtud característica, el *Espíritu de Infancia,* y su consagración como Víctima.

En esquema, ésta es la Escala de Perfección de la Santa, veamos si podemos desarrollarla un poquito.

En las purificaciones activas, primeros escalones en la subida a la perfección, la Santa, aunque coincide con su Maestro San Juan de la Cruz, no se detiene en explicaciones exhaustivas, pero ahí explica su tema invariable: «El Amor de Dios es la base de toda santidad». La Santa no comienza su escala con la conversión, como hacen los demás, sino con el *Santo Temor de Dios*, y parece lógico, porque quien no tiene Temor de Dios no llegará nunca a convertirse.

El Temor de que habla la Santa no es el miedo al látigo del negrero, ni tan siquiera al temor al castigo divino, aunque éste está incluido en el temor de Dios, principio de la sabiduría. Temor Santo que hay que fomentar porque es el reconocimiento explícito de la justicia divina, atributo fundamental del ser de Dios. Con todo, es un temor susceptible de perfección. La Santa habla del *temor a perderle*, que es un temor santo, fundado en el amor de Dios. Nos dice el libro sagrado: «Los que de Ti se alejan perecerán».

Segundo grado: la *Conversión.* Consecuencia

del Temor, es la Conversión. Es el doble movimiento, típico de la ascesis, de adversión a las criaturas, que me separan de Dios, que procede del temor a perderle; y mi vuelta al Creador, origen de todo bien. Y todo esto bañado en sacrificio, en penitencia. Si el alma desea volver a Dios y poseerle, no tiene otro camino que el trazado por el mismo Jesús: la Cruz, la Penitencia, el servicio generoso, el sacrificio: «El que quiera venir en pos de Mí, tome su cruz de cada día y sígame». (Mt. XVI, 24).

El tercer grado en esta purificación activa se llama *Esperanza,* es decir, el deseo fundado en el amor, de poseer a Dios, el premio que esperan aquellos que le sirven y que desean con toda el alma.

El cuarto grado de la Escala de la Santa se llama *Gratitud* a Dios por los beneficios recibidos. Es el complemento de la anterior purificación. Le hemos de agradecer especialmente su Pasión y su Cruz, donde Jesús vuelca todo su amor sobre sus redimidos. Por eso decía San Fco. de Sales: «El Calvario es la verdaera escuela de los amantes».

Termina la Santa estos cuatro escalones de purificaciones activas hablándonos inmediatamente del Amor puro, de la caridad, del amor a Jesús porque es todo amable. Que aspiremos, dice a este Amor de preferencia, dándonos a entender que el alma entra ya de lleno en las purificaciones pasivas.

Purificaciones pasivas. Como el amor de Dios es el resumen y compendio de toda nuestra ascensión espiritual y, en frfrase de la Santa, «la vocación del alma Santa», vamos a estudiar la primera de las purificaciones pasivas que Ella define como un AMOR LABORIOSO. Más adelante lo llamará también amor generoso, delicado, desinteresado, etc.; pero siempre Amor, porque el amor de Dios, como Ella dice, es la base y la cúspide de la santidad.

Leyendo su autobiografía se encuentra una página que explica este pensamiento: «Leía en las Cartas de San Pablo que en el Cuerpo Místico de la Iglesia todos no pueden ser al mismo tiempo Apóstoles, Profetas o Doctores. Y como en el cuerpo físico, el pie, la mano o el ojo, cada uno tiene su función, así también en el Cuerpo de la Iglesia, cada uno cumple sus funciones, su contenido. Yo quisiera ser todos esos miembros, abarcarlos todos, cosa realmente imposible. Por eso seguí leyendo y encontré esta frase: «Ambicionad los carismas mejores», pero señala el Apóstol: esos carismas mejores sin la caridad nada valen, y sigue: «la caridad es el más sublime camino que lleva con seguridad a Dios».

El corazón es el que mueve con su fuerza los demás miembros, y la caridad la que vivifica todos los apostolados. Por eso concluye la Santa: «En el corazón de la Iglesia yo seré el amor».

Efectivamente consigue su objetivo poniendo

la caridad en todas las purificaciones pasivas, en toda su ascensión mística.

Subamos a la cumbre. El Señor nos lo dice: «Dame, hijo mío, tu corazón para Mí». Con Él, no nos moverá a obrar ni el temor ni la esperanza, sólo la caridad. Ni aún llevaremos cuenta de los actos de virtud puesto que todo lo haremos por su impulso.

El Señor no nos pedirá acciones grandes, sino únicamente confianza y agradecimiento, es decir, Amor. El lo resume todo. Veamos, pues, algunas de sus cualidades.

El amor, como hemos indicado en la primera purificación, es Laborioso. Dios que es Caridad, es la misma actividad. Nuestro amor a semejanza del divino, ha de ser laborioso. El premio está reservado para los que luchan. «TrabaTrabaja como buen soldado de Cristo», decía San Pablo a su discípulo Timoteo. Cumple con tu deber hasta el fin: Lucharé sin descanso, por tu amor contra mis enemigos interiores y exteriores.

El Amor se prueba con las obras. Las inspiraciones más sublimes son nada sin ellas. Acepta el sacrificio, sublimízalo por el amor. Haz, Señor, que reciba con gusto esa acción purificadora, que Tú has de enviarme: tentaciones, sequedades...

para que mi alma se desprenda totalmente de las criaturas y aún de sí misma y se dé totalmente a Ti.

Esta desolación exterior, estas pruebas, como las describe la Santa, tentaciones, sequedades... son idénticas a las que nos presenta San Juan de la Cruz, y su fin es, que el alma se desprenda de las criaturas y de sí misma y se dé totalmente al Señor. ¿Que todo esto supone sacrificio y trabajo? Cierto, pero ese es el objeto del amor laborioso, ir dando muerte, apartando de mí a lo que se oponga a la unión con mi Dios.

La segunda prueba de la purificación pasiva la llama la Santa AMOR GENEROSO. A este estado de ánimo no le afecta ni la aridez sensible, ni la sequedad en la oración, ni la ausencia de consuelos. El amor generoso no conoce medidas, se desborda por todas partes como el agua hirviente.

Tú, oh Señor, pruebas a tus escogidos, «das a tus amigos cruces», como decía la Santa Madre Teresa, pero las aceptamos y las bendecimos como prueba inequívoca de tu amistad. Si amor con amor se paga, lo único que merece llamarse amor en el Señor, es la entera inmolación de mí mismo a imitación de Cristo.

No temo padecer por Vos, decía la Santa, sólo temo conservar mi voluntad, que puede desviarme, tomadla Vos, puesto que escojo lo que Vos queráis. Por ahora preferiré a todos los éxtasis, la monotonía, del sacrificio oculto. Haz muchos sa-

crificios ocultos, pequeños: vence una antipatía natural, no te excuses cuando te reprendan injustamente, todo ello es agradable al Señor. Él no me pide acciones sublimes, los grandes santos sí las obraron, pero yo, alma pequeñita, dice la Santa, procuraré obrar sólo para regocijar y dar gusto al Señor.

En la tercera prueba de purificación pone la Santa el AMOR DESINTERESADO. Dice: Amaremos desinteresadamente siempre que no esperemos del Amado otra cosa que a Él mismo. Amo al Señor, no a mí misma. Si el Señor es servido en quitarnos las consolaciones interiores, démosle gracias por ello; porque debemos buscar al Dios de los dones, no a los dones de Dios.

Como nos dice la Madre Teresa de Jesús en la misma prueba, «a lo que renuncio son a los regalos, porque quiero servirte más por tu amor que por la recompensa».

Quiero ahondar tanto en esa generosidad, decía un sacerdote santo, que deseo pasar totalmente oculto en mi labor, para que sólo Jesús se luzca». Ese es el desinterés, la generosidad del alma santa, que sin pedirlo le produce una alegría inefable.

Pero ese desinterés no excluye el Cielo, o sea, la posesión de Dios, objetivo final de toda ascesis, y de toda purificación mística. El mismo autor de Camino en el número 668 y siguientes lo expresa así: «Hazlo todo con desinterés, por puro amor,

como si no hubiera premio ni castigo. Pero fomenta en tu corazón la gloriosa esperanza del cielo. Está bien que sirvas a Dios como un hijo, sin paga, generosamente. Pero no te preocupes si alguna vez piensas en el premio. Jesús da aquí cien veces más de lo que renuncias y después la vida eterna. ¡A ver si encuentras en la tierra quien pague con tanta generosidad!».

Cuarta prueba: AMOR DELICADO. En este grupo la Santa va descubriendo la finura y delicadeza de su alma. Ante ella el alma se congratula con el Creador de todo bien y con la hermosa y fecunda tierra que ha producido tan linda y delicada flor de santidad.

Aunque bien podemos pensar que más hermosa podía ser la tierra que dio a luz esa pléyade de santos, esa escuela de santidad, que iluminó y santificó tantas almas.

Es la Comunión de Santos que se ayudan para santificarse, para contentar a Jesús con delicadeza suma, ocultando sus pesares y sirviendo a Dios con alegría radiante. ¡Cómo contrasta la actitud de la Santa con la de aquellos deportados de Israel que el Profeta recrimina! «Cubrís de lágrimas el altar del Señor, de lloros y gemidos, tanto que ya no recibe una oblación agradable. Lo que desea el Señor es que en todas las ofrendas brille la alegría en vuestro rostro».

Disipemos la pena de Jesús, dice la Santa, sequemos las lágrimas que le hacen derramar los

pecadores, convirtiéndose a todos para que sea amado.

Aceptemos amorosamente el sacrificio. Si hemos de dar gusto al Señor, debemos esforzarnos en sonreír siempre al dolor y al sacrificio.

La Santa lo entendió maravillosamente y expresó su amor a Jesús con mayor alegría cuanto más parece Jesús olvidarla. Así canta:

«Y si me desamparas
Tesoro y vida mía
Sonreiré todavía».
«Mi cielo es sonreír al Dios que reverencio
Cuando quiere ocultarse para probar mi fe.
Mi cielo es sonreír esperando en silencio
Que me mire otra vez».

(MI CIELO)

Si nos visita la enfermedad y no sabemos si viene ya por nosotros, o le place todavía el dejarnos, debemos, como hacía la Santa, no sólo sonreírle, sino hacerle mil fiestas y extremos de ternura, porque estamos seguros de que lo que Él hace siempre es lo mejor, y ¡lo hace con tan extremado cariño!

Por delicadeza amorosa, no debemos quejarnos de ninguna incomodidad de la vida: frío, calor, enfermedad; Él las manda, y ¡nos quiere tanto! ¡Cuándo aprenderé a ocultarle mis penas y su-

frir sonriendo! ¡A que me guste de veras todo lo que Él me dé!

Como vemos la Santa está practicando la sexta Purificación de San Juan de la Cruz; pero dándole ese toque femenino de exquisita delicadeza.

Quinta prueba: AMOR EXCLUSIVO. En esta purificación la Santa sigue practicando la sexta purificación pasiva de San Juan de la Cruz. El dolor, el amor, toda actividad humana puesta exclusivamente en las manos de Dios. El sufrimiento y la enfermedad, el amor humano, perfectamente controlado y no repartido a voleo, siendo tan pequeño nuestro corazón, en una palabra, el vencimiento total dirigido a Dios y conocido sólo por Dios, porque como dice Santa Teresa: «Sólo Dios basta».

La Santa lo explica así: «El Amor es fuerte como la muerte y celoso como el infierno, por eso no debo amar sino sólo a Jesús».

La sed de felicidad no se satisface en el amor terreno, sino en la fuente del sufrimiento conocido de sólo Jesús. Cuando sientas sed de belleza, cuando necesites amar mucho, eleva la vista al cielo, piensa en Dios y rinde ante su belleza soberana tu corazón, todo él». Di al Señor, con la Santa, «Convertirme en amargura todo gozo que no venga de Vos».

A veces quizá tengamos que hacer sangrar el corazón, pero ¿qué le reservamos a Jesús, si siendo tan pequeño, lo repartimos entre las criaturas?

¡Oh Jesús, a Vos sólo os busque y a Vos sólo os encuentre; sean nada para mí las criaturas y yo nada sea para ellas! En otro lugar compara nuestro corazón con las flores: «Las florecillas de la montaña son más dichosas que las de los jardines, porque no brillan para las criaturas, sino sólo para el Creador».

¡Trabajar por Él sólo! ¡Qué alegría se goza y qué ligera se siente el alma! Jesús sólo y nada más que Él, porque «Sólo Dios basta».

Con estas facetas y cualidades del Amor que hemos contemplado, nos ha explicado la Santa las cualidades hermosas del Amor de Dios. ¿Nos han subyugado de tal modo que nuestros pensamientos, afectos y obras estén dominados por la caridad? El Amor realiza grandes cosas. Amando a Dios nos hacemos en cierto modo dioses. Todo lo puedo en Aquél que me conforta, diré con San Pablo; o con San Agustín: «Ama y haz lo que quieras».

FILIACION DIVINA. INFANCIA ESPIRITUAL

Para la Santa aún no ha terminado su subida a la perfección. Ella resume este último grado con esta frase: «El amor llega a su perfección en el espíritu de infancia». Y lo explica así: «Dios Nuestro Señor resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia». Por eso cuanto más humildes nos hagamos en su presencia, más agraciados, más cerca estaremos de Él, más altos en la Escala de la Perfección. La entrega total es la cumbre del Amor, y la más alta cúspide de esta cumbre es el espíritu de infancia.

¿Dónde se apoya esta afirmación? Veamos. Jesús tiene sobre el tema una frase terminante: «Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos». Jesús pone como condición precisa para alcanzar en la vida eterna los más altos puestos de la Gloria, el Espíritu de Infancia. San Mateo nos refiere sobre el tema una escena deliciosa: «Se acercaron en cierta ocasión los discípulos a Jesús y le dijeron: ¿Quién piensas que es el mayor en el reino de los cielos? Y Jesús llamando a un niño, lo colocó en medio de ellos y habiéndolo abrazado les dijo: En verdad, en ver-

dad os digo, si no os convertís y hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos. Quien no haya recibido el reino de Dios como un niño, no entrará en él. De ellos y de los que se le parecen es el Reino de los Cielos» (Mt. 18,3).

La doctrina de Jesús en este punto no puede ser más clara y terminante.

¿Cómo hacerla nuestra y conseguir los tesoros que encierra? Deseamos llegar a la cumbre de la santidad, pero ¿cómo realizarlo? ¿Nos hemos de soportar tal como somos, con tantas imperfecciones, sin hacer nada por encontrar un caminito corto y recto para ir al cielo? El ascensor, dice la Santa, reemplaza ventajosamente a la escalera para subir; ¿no habrá también un ascensor para subir la ruda escala de la perfección?

Oigamos la Sabiduría eterna: «Si alguien es pequeñito que venga a Mí. Como una Madre acaricia a su hijo, te consolaré, te recostaré en mi seno y te meceré en mi regazo». ¿Pueden darse palabras más dulces y melodiosas que éstas?

La Santa, enajenada de amor exclama: «Vuestros brazos, oh Jesús, son el ascensor que ha de elevarme hasta el cielo. En ellos me arrojo con entera confianza».

¡Qué intimidad tan sorprendente produce ese amor humilde! Seréis, dice Isaías, amamantados, criados a los pechos y acariciados sobre las rodillas como niños pequeños».

Así corresponde el Señor, con esa familiari-

dad que admira y sobrecoge, como dice el autor de la Imitación. Pero para gozar de este privilegio ¡cuánta sencillez se requiere! Para poder ser llevados en brazos no podemos crecernos, sino al contrario, achicarnos cada vez más. Hacernos tan pequeños e insignifcantes como una gota de rocío. Hay que humillarse y reconocer la propia nada. A que Él crezca y yo mengüe, como decía el Bautista. Fruto inmediato de esa humildad es un *apostolado exhuberante*. El alma pequeña, pero llena de Dios a rebosar, trabaja con todo empeño, sin descanso, para darlo a conocer y amar a todas las almas. Ese es el espíritu misionero. Esa caridad que rebosa por todos los poros, es la que nos urge para dar a conocer al Amado.

Este es el espíritu misionero que la Iglesia nos infunde y que tenía de modo eminente nuestra Santa. Por eso sin salir del Claustro, es nombrada por la Iglesia *«Patrona universal de las misiones»*. ¡Cuántos tesoros encierra este espíritu de infancia!

LA CANONIZACION. Cuando el Santo Padre Pío XI elevó a los altares a la pequeña Teresita, lo que más exaltó en ella fue precisamente su «Espíritu de Infancia» y nos presentaba la imagen de su alma, que sube a lo más alto de la santidad, por sentirse pequeña ante el Señor; como María, la Madre de Dios, que canta enajenada de gozo: «El Señor ha mirado la pequeñez de su esclava, por eso hará en mí cosas grandes y

todas las generaciones me llamarán bienaventurada».

Como María, la Santa quiere ser siempre pequeña, siempre niña. Recordad el encuentro de Jesús con su Madre en religión, Teresa: Jesús se presenta como «Jesús de Teresa», y ella le responde: «y Yo Teresa de Jesús»; pero nuestra Santa no se atreve a eso, a pesar de la audacia de su alma pequeña, sigue usando el diminutivo en su nombre «Teresita» y por sobrenombre «Teresita, del Niño Jesús».

Por su predilección con los niños, Jesús, al venir al mundo, quiso aparecer como un niño pequeñito para ganar nuestro corazón con los encantos de la infancia y eso lo consigue plenamente con Teresita, que quiere expresar con su nombre escogido, su espíritu de Infancia, la pequeñez y humildad de su alma.

La Infancia Espiritual se apoya en nuestra *filiación divina.* Cuanto mejor vivamos esa filiación y más nos sintamos hijos de Dios, mejor viviremos el espíritu de infancia, ese depender en un todo del Padre Dios, como el pequeñín se siente seguro en el regazo de su madre.

La Palabra de Dios me invita a esa confianza: «Porque Jesús ha resucitado, todos somos hijos de Dios, por eso nos atrevemos a decir: Padre Nuestro...».

San Pablo explica este espíritu filial diciendo:

«Habéis recibido no un espíritu de esclavitud, sino de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba! ¡Padre mío! Ese espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio acorde: que somos hijos de Dios. Los que se rigen por el Espíritu de Dios son hijos de Dios». Quién no querrá, Dios mío, ser vuestro hijo y tener derecho a deciros con toda confianza y ternura: ¡Abba Pater, Padre mío!

San Juan es más explícito aún: «Qué amor tan grande nos tiene el Padre, que quiere nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto». Este amor de Nuestro Padre Dios, produce en nosotros la seguridad que el niño siente en los brazos de su padre. Nuestra pequeñez ante Dios, bien sentida, nos produce los sentimientos propios de la Infancia espiritual: Todo me viene de Dios, todo lo espero de Dios y todo lo debo a Dios. Si medito estas verdades aparecerá espontáneo el «Sólo Dios basta» de Santa Teresa.

Santa Teresita lo expresaba así: «Creo que Dios me ama, que tiene poder infinito, por tanto me siento en sus brazos como un niño en los brazos de su madre y oigo en mi corazón que me dice: «Antes se olvidará la madre del hijo de sus entrañas, que yo me olvide de ti». Esto me produce la seguridad de Dios, la confianza que me empuja a la *piedad*, al trato filial con Dios y al apostolado, servicio a Dios en las almas.

A este Espíritu de Infancia, se contrapone la adultez presuntuosa, la autosuficiencia petulante

que intenta prescindir de Dios en todo, ocasionando un verdadero caos en nuestra vida. No acudimos al auxilio divino y como nuestras fuerzas son muy limitadas, nuestro quehacer queda muy menguado y todo se hunde con estrépito. Acudamos pues como niños pequeños y sinceros, necesitados de todo, al Trono de Dios y todo marchará de maravilla.

Pero volvamos a la doctrina de la Santa. Para ella el Espíritu de Infancia es un tesoro que no sólo agrada a Dios sino que es provechosísimo a nuestra alma. El proporciona *La santa audacia del alma pequeña.* Los grandes santos ganaron el cielo con sus obras, nosotros podemos ganarlo con santa sagacidad, con verdadera astucia de amor, ya que nos anima el Espíritu Santo diciendo: «Que vengan los pequeñuelos y aprendan de Mi sagacidad» (Prov. 1,4). Si nos queremos hacer hombres, pretendiendo sernos suficientes, pudiera decirnos el Señor: «Eres mayor, bástate a ti mismo».

Mejor es sentirnos incapaces, pequeñitos, para que puestos en sus manos, todo lo haga Él. Esa es la sagacidad y santa audacia del alma pequeña. Toma a Jesús por el corazón. ¿Véis al pequeñín que acaba de enojar a su madre? Si se va a un rincón mohíno, o gritando por temor al castigo, ciertamente que su madre no le perdonará la falta; pero si tendiéndole los bracitos le da un beso y le dice: no lo volveré a hacer; aunque esté

cierta que pronto volverá a las andadas, ¿dejará de estrecharlo contra su corazón y colmarlo de besos?

Nuestro Dios es más bondadoso que la más tierna de las madres. Tomémoslo por el corazón y siempre seremos bien recibidos. Con todo, ser pequeños no es no hacer nada, ni sentirse incapaz para la virtud; sino en no atribuirse a sí mismo las virtudes que pratica, reconociendo que es el Señor quien pone ese tesoro en manos de su hijito, para que use de él cuando lo necesite.

Penetrando el alma en estos sentimientos, puede permanecer pequeña aún en los cargos más honoríficos y hasta en la última vejez puede conservar el candor y la ingenuidad infantil. Gustemos y veamos cuán suave es el señor. Démosle el corazón y mereceremos la corona que Él tiene preparada para 'para los que le aman. Hagámonos niños, que en esa infancia espiritual, nos dice Benedicto XV, está el secreto de la santidad.

Otro fruto de esta virtud de sentirnos siempre niños es alcanzar la *benignidad divina para con nuestras flaquezas.* Si Jesús es nuestro Padre y nuestro Amigo, ¿cómo tenerle miedo? Él conoce nuestra fragilidad, tiene en cuenta nuestra flaqueza y nos ama entrañablemente; si echamos con entera y filial confianza nuestras faltas en la hoguera de su amor, ¿cómo no han de quedar del todo consumidas? Si el padre no exige de su niño más de lo que puede dar y soporta sus defectos,

mucho más Tú, Padre indulgentísimo, que conoces nuestra pequeñez y flaqueza.

S.S. Pío XI en la canonización de Santa Teresita, comentando la frase de la Santa: «Dios es benigno con las flaquezas del alma pequeña», decía: Es verdad que Dios es misericordioso con los que se hacen niños, porque ¿quién puede enfadarse con un niño?

Por eso NUESTRAS FALTAS PEQUEÑAS NO NOS QUITAN LA AMISTAD DE DIOS. Nuestro amable Salvador olvida pronto nuestras infidelidades, y sólo tiene presente nuestro deseo de perfección. Sigamos con toda confianza ese impulso de arrojarnos en sus brazos. Las travesuras del alma pequeña no ofenden al Señor. Ved sino a los pequeñines: siempre están cayéndose, rompiendo y rasgando cosas; ¿dejan por eso de amar de veras a sus padres y de ser amados de ellos? Los niños caen muchas veces, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño. Si soy de verdad pequeño y reconozco mi propia nada, tampoco me harán mucho mal esas caídas.

Se pregunta la Santa si con esas faltas pequeñas puede acercarse a comulgar, si esas comuniones serán menos gratas al Señor. Y es la misma Santa la que nos contesta: «A la hora de comulgar se me representa mi alma como una criaturita de tres o cuatro años, que a fuerza de jugar trae los vestidos sucios y descompuestos. Estas desgracias me han acontecido batallando con las almas.

Mas de pronto acude solícita la Virgen, me quita el delantalillo sucio, arregla mis cabellos y los adorna con una hermosa cinta o una florecilla... esto basta para dejarme agraciada y que pueda sentarme sin rubor a la mesa de los ángeles».

Con ese encanto tan limpio y atrayente nos presenta la Santa su alma de niña pequeña, tan amable a los ojos del Señor, y a la vez tan imitable para todos los que quieran seguir esos caminos de santidad.

DISCRECION DE ESPIRITU

Así como los autores clásicos en temas espirituales nos hablan de la discreción necesaria para conocer las almas y no caer en engaño, la Santa, en estos últimos grados de su Escala espiritual nos orienta para saber distinguir los diversos estados del alma, y no caer en error o que el alma pueda perder la paz por creer que va fuera de camino. Después de escalar tan altos grados de purificación, aplicando a su alma las cualidades del Amor: Laborioso, Generoso, Desinteresado, Delicado, etc., sigue a su gran Maestro San Juan de la Cruz en el estudio de las purificaciones pasivas: desolación exterior, aridez sensible y espiritual, enfermedad, etc. Es precisamente en estas purificaciones cuando hace la *discreción de espíritu* para aceptar lo bueno y rechazar lo malo que pudiera adherírsele;o para distinguir en efectos similares lo que procede de raíz buena o de raíz mala. Por ejemplo, cómo distinguir la *aridez sensible* de la *tibieza*; o la devoción accidental de la sustancial, etc. Veamos algo de lo que nos dicen los santos sobre el tema, porque también a nosotros puede servirnos de provecho.

La CONSOLACION ESPIRITUAL es esa

moción interior que Dios da al alma, para que se inflame en amor a su Creador, como dice San Ignacio. Esta consolación puede tener varias causas, pero si el efecto pretendido se consigue, siempre es buena.

No ocurre igual con su contraria, la DESOLACION ESPIRITUAL, cuyos efectos son: oscuridad del alma, inquietud, tibieza, turbación...; en este estado hay que revestirse de calma y esperar la ayuda de Dios. Aquello que decían los clásicos: «En tiempos de turbación no tomes resolución». Esperemos contra toda esperanza, porque no hay nada que haga crecer tanto el amor en un alma, como la cruz. Despeguemos el corazón de todo y hallaremos a Dios.

No pretendas estar siempre justificándote, si alguien te descalifica. Calla. Porque como dice «Camino»: de callar no te arrepentirás nunca, de hablar muchas veces.

ARIDEZ SENSIBLE. SU DIFERENCIA DE LA TIBIEZA

La aridez sensible o sequedad se diferencia notablemente de la tibieza, aunque los efectos sean parecidos en una y otra y puedan inducir a error.

En ambas desaparece la devoción sensible, pero en la tibieza se pierde por culpa nuestra, por flojear, por desgana y poco gusto para las cosas del divino servicio; en cambio en la aridez espiritual, como se va por caminos de perfección, muy lejos de la tibieza, ese gusto desaparece por permisión divina, para que busquemos derechamente a Dios y no a sus dones. En estas circunstancias, que no cunda el desaliento, creyendo que vamos fuera de camino. Abandonémonos a su dulce providencia ya que Él tiene cuidado de nosotros y no nos probará más de lo que podemos.

DEVOCION ACCIDENTAL Y DEVOCION SUSTANCIAL

Para nuestro gobierno espiritual, ha de tenerse muy en cuenta la diferencia entre ambas devociones.

La primera, o sea la sensible, es buena porque es un don de Dios que Él da a quien quiere; pero su pérdida no implica imperfección, ya que la *sustancial*, esa prontitud de ánimo para servir a Dios, permanece.

San Juan de la Cruz, explicando este fenómeno de la pérdida de la devoción accidental, nos da como siempre ideas luminosísimas. Esta pérdida o *aridez sensible*, es un principio de oscura y seca contemplación en la que el alma sufre la ausencia de todo consuelo: el disgusto en la oración, por la oscuridad en luces y sequedad en efectos; el no poder meditar, porque Dios retira la luz sobrenatural del don del entendimiento; la sequedad en afectos por el silencio y aparente abandono de Dios; pero sobre todo la apena el creer que va perdida por ese camino, ya que no halla gusto en cosa buena.

Mas el Señor bondadosísimo, da al alma tal tendencia y atractivo a pensar en Él, no obstante

las distracciones; tal deseo de acercarse a Él, de encontrarle, amarle y poseerle, a pesar del aparente abandono, que el conocimiento que el alma adquiere de Dios en esta prueba, aunque oscuro y seco, es más puro, sencillo, perfecto, espiritual e interior, que el que tenía antes de esta purificación».

Si el Señor se acuerda de nosotros, para ejercitarnos en esta prueba, debemos darle rendidísimas gracias, por la distinción tan inmerecida que nos hace, de querernos más cerca de sí.

Por otra parte, no creamos que siempre ha de estar nuestra alma en perpetua fiesta y gozo. Esperar siempre esos regalos en la oración, esos gustos sensibles, quizá fuera egoísmo, o por lo menos que nuestra alma está muy tierna, muy incipiente en la virtud; y Dios Nuestro Señor tiene que darle esos dulces como a niño voluntarioso.

Aceptemos con acciones de gracias que el Señor nos purifique para acercarnos más a Él.

EFECTOS EN EL ALMA DE ESTA PRUEBA

Como es lógico, estas pruebas se efectúan en plena purificación mística. Aquí obra el Señor sin ninguna resistencia. Está modelando el alma a su gusto y ésta se encuentra tan desasida de sí misma, que no tiene más voluntad que la de Dios.

Con todo, sufre lo que no puede expresarse, por los embates tan contrapuestos que ha de soportar. Pena, por no creerse digna de Dios, dado el conocimiento que tiene de su grandeza; y por otra de su pobreza y miseria. Se abisma en su humildad y pide a Dios que se aparte de ella, como San Pedro; pero por otra parte es tal la atracción que Dios le hace y su deseo tan incontenible de ir a Él, que tiene que exclamar entre penas dulcísimas, con la mística Doctora: «Muero porque no muero».

Duerme Jesús en la barquilla de su corazón, dirá con Teresita, y hasta llegará a preguntarse si será amada de Dios; pero confía, no le despierta, espera.

Le asaltan mil tentaciones y dudas en la fe; pero su deseo de agradar a Dios y su firmeza es tal, que preferiría mil muertes, antes que el más

ligero pecado. La pobre alma en tal estado, se estremece de temor ante la Majestad infinita de Dios y se horroriza al ver su propia indignidad, como llena de sinnúmero de faltas; mas nunca pierde la paz y la confianza.

Su abandono en manos de Dios, es como el del niño que duerme sin temor, seguro en los brazos de su madre. Aunque me matases, diría con Job, seguiría esperando en Ti. Si me encontrase al borde del abismo infernal, no temería, sabiendo que tu mano divina me sostiene, y aunque me soltara no desesperaría, porque tu omnipotente misericoridia, siempre podrá sacarme».

Posición sublime la de estas almas, que rotas todas las ligaduras que las ataba a la tierra, con esa agilidad, se remontan al cielo del amor, del abandono y la confianza; mas también posición justísima y exacta, porque pensar de otro modo sería ofensa a la Bondad Infinita y al amor sin límites de nuestro Padre Dios.

OTRAS NORMAS PARA DISCERNIR LAS PRUEBAS SUPERIORES

Además de esta aridez espiritual, de la que hemos hablado, y que como dice San Juan de la Cruz es de muy pocos, hay otros grados verdaderamente excepcionales, como las saetas de amor y saetas de fuego, que el Señor empleó en Santa Teresa, las estigmatizaciones en San Francisco, los éxtasis, visiones y revelaciones; fenómenos verdaderamente extraordinarios, que no suelen darse sino en la unión extática y que disponen el alma para la unión consumada y perfectísima. Estas pruebas superiores no podemos estudiarlas porque realmente están fuera de nuestro alcance y además se dan rarísimas veces. Pero como no sabemos los designios de Dios sobre las almas, bueno será para orientarnos en este difícil y oscuro estado, dar algunas normas que nos sirvan de guía para conocer si la desolación interior es de Dios o del enemigo.

Redoblando nuestra confianza en Dios y pidiendo sus luces, pronto descubriremos al tentador; que aunque a menudo se transforma en ángel de luz, para engañar a los incautos, al fin descubre sus intenciones perversas, porque incita al

mal, y ya se manifiesta tal cual es. Por sus frutos es conocido y detestado.

Pero es sagacísimo y puede traernos confusión, por eso observemos:

I. Si en ese ocultamiento de Dios en la oración, en esa sequedad y aridez, *busco a Dios*, la prueba es de Dios; si busco el consuelo de las criaturas, prescindiendo de Dios, entonces no viene de Él.

II. Si en el exterior, en la superficie, desaparece Dios pero en el fondo del corazón lo siento, por la *paz* y confianza sin límites que Él me inspira, allí obra Dios; cuando ni en el fondo del alma lo siento, aquello no es obra suya.

III. Si el alma está muy turbada por el oscurecimiento de la mente y sequedad del corazón, pero conserva una fe arraigadísima en Dios y se siente crecer esa fe al par que sus flaquezas; y aún cuando le parece que el Señor la abandona, nunca llega a tomar cuerpo ese pensamiento, porque la fe y confianza en Él se sobreponen siempre; la turbación es de Dios; si se pierde esa fe y confianza, entonces Dios no está allí.

Si la bondad infinita de nuestro Dios quisiera regalarnos con estas pruebas, distinción de su amistad, no sólo debemos recibirlas al momento con acciones de gracias; sino continuar aceptándolas todo el tiempo que Él sea servido, porque así lo quiere Él entonces. El querer salir de aquel estado, buscando la consolación que sentíamos antes de la sequedad, practicando lo anterior a

ese estado, sería egoísmo, buscaríamos más nuestro gesto que la voluntad de Dios, no buscaríamos a Él, sino a sus dones.

Estemos ciertísimos que el estado en que Dios nos pone, aunque no nos guste, es el que más nos conviene.

Por el camino que Dios nos traza, hemos de buscar el cielo, no por el que nosotros queramos.

Hagamos la oblación completa no sólo de nuestra voluntad, sino de todo nuestro ser. No nos reservemos nada. Que el Señor tome y deje a su gusto. Renunciemos a todo, aún a lo más puro y legítimo, para que Él haga según su beneplácitoí podremos decir con Teresita: «Todo lo has hecho Tú. Me das el cielo de valde». «Me presento a Ti con las manos vacías; pero por tu amor tendré la posesión eterna de Vos mismo».

Oremos mucho, confiemos en Dios ciegamente, amémosle con toda el alma. Él hará lo demás.

EFECTOS PRODUCIDOS POR EL AMOR. APOSTOLADO

El fruto más inmediato en un alma llena de amor de Dios es hacerlo amar por los demás. Eso que llamamos apostolado. FRUTO que a la vez revierte en el alma que lo practica con rectitud de intención santificándolo. Por eso decía el Fundador de la Alianza en Jesús por María: «El primer fruto de nuestro apostolado debe ser nuestra propia santificación». Si no te santifica puedes dudar de la autenticidad de tu apostolado.

Si el amor de Dios llena nuestra alma, si somos sus portadores y custodias vivientes, si en verdad Jesús habla y obra por nosotros, no sólo le amaremos sino que le haremos amar. Porque al poseer ese bien infinito, el mismo gozo, hará salir espontánea de lo íntimo del corazón esta súplica: «Dame, oh Dios mío, que no me salve a mí sólo, sino que salve conmigo otras muchas almas». El Señor nos quiere activos, avaros del tiempo, que vale almas y cielo, empleándolo todo él en darlo a conocer y enseñándolo a amar, santificando a mis hermanos. Si estamos llenos de Dios lo irradiaremos, porque el bien no se reconcentra en sí, se difunde.

El esfuerzo de nuestra perfección, informado por el amor; la vida interior de que hablamos antes, es de tal vitalidad, que no sólo santifica, sino que hace que esa savia divina se extienda a los demás, es decir, produzca el Apostolado. El verdadero apostolado es, como dicen los clásicos «El desbordamiento de la vida interior». Y se produce eficazmente cuando se da de lo que sobra. ¿Cómo hemos de dar a Dios a los demás, si escasamente lo tenemos para nosotros?

Cuando nuestra alma está bien llena de Dios, cuando vivimos intensamente la «vida interio y estamos bien saturados de esa vida en Jesús, el apostolado se hace solo; no será sino ese desbordamiento de que hablamos. Hay una conexión estrechísima entre «vida» y «doctrina» de tal manera que, como dice San Gregorio: «Aquél que por su vida merece desprecio, acaba por hacer despreciable su predicación, su apostolado».

«La caridad de Cristo nos apremia» nos dice San Pablo. Esa caridad de Cristo nos estimula y apremia a correr y a volar con las alas del santo celo. El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo. Y si uno no siente ese celo, es señal cierta que tiene apagado en su corazón el fuego del amor, la caridad.

Con este amor de Dios derramado hacia los hermanos, nuestro apostolado sí que es fecundo, porque es Jesús el que obra por nosotros; pero si nos lanzamos a la acción sin una vida interior só-

lida, saturada de Dios, si intentamos neciamente apropiarnos el papel de primer actor, abandonando el de simples instrumentos de Dios; entonces no daremos ningún fruto, necesariamente hemos de fracasar. Lo dice la Verdad divina: Sin Mí nada...

Unamos nuestra acción con la suya, de tal modo que no sea sino una sola acción, la de Jesús. Así, no sólo tendremos asegurado el éxito, sino que haremos nuestro lo que más vale, la posesión eterna de Él mismo.

OTROS FRUTOS DICHOSOS DE LA VIDA DE AMOR DE DIOS: ALEGRIA Y PAZ

Ya en el alcázar del amor, tras nuestro ingente esfuerzo y las duras purificaciones con las que el Señor nos ha ido labrando a su gusto para hacernos dignos de Él, saboreamos, si Él se digna concedérnoslo, sus dichosos frutos. Muchísimas son las dádivas preciosas con las que el Amor divino enriquece nuestra alma; pero fijémonos en dos: la alegría y la paz.

El autor de la Imitación, ponderando la grandeza y bien sobre todo bien, del Amor, dice: «Hace que se soporten con igualdad de ánimo, todas las vicisitudes de la vida. Lleva la carga sin sentir su peso y hace dulce lo amargo».

El árbol místico cuya raíz es el Amor, por divina fecundidad, produce diversos y suaves frutos. El primero es el gozo del espíritu, la ALEGRIA.

En cuanto la caridad entra en nuestro corazón, con la necesidad de olvidarse siempre de sí mismos, somos felices. LO dice el Espíritu Santo: «Vive el justo con gozo y júbilo, porque el que mira al Señor rebosa de alegría».

De Tobías dice la Sagrada Escritura que, des-

pués de su prueba, todo el resto de su vida lo pasó en alegría, y cuanto más progresaba en la virtud, más dulce paz gozaba.

Tan grabadas en nuestras mentes deben estar las palabras de San Francisco de Sales: «Un santo triste es un triste santo», que para evitarlo, la suave sonrisa ha de ser perpetua en nuestros labios. La tristeza rara vez es buena.

Hagamos por estar siempre alegres, que es señal de buena conciencia y salvaguarda de tentaciones. Aunque tampoco debemos descomponernos, dándonos a demasiada alegría. El alma bien templada debe ser alegre sin disipación. El corazón contento con Dios está en convite perpetuo. ¡Cuán fácil y suave es servir al Señor! Su carga es ligera y su yugo suave, y cuando se acepta de grado, al punto se experimenta su dulzura. Con estas consideraciones quiere la Santa comunicarnos la alegría que desborda su alma, haciendo suya la enseñanza del Salmo: «Servite Domino in laetitia» y lo que dice el Apóstol: «Ama el Señor a los que dan con alegría». Debemos servir a Dios con alegría gozosa, saboreando palabra a palabra la oración común de los fieles: «Gaudium cum pace». Alegría en la paz, que siempre van unidas en el Amor, aún en los grados más elevados del espíritu, a la conversión y la penitencia, a la observancia total de la Palabra de Cristo Verdad y Vida. Estas almas han llegado ciertamente a la plenitud del amor, porque el que guarda la Pala-

bra de Cristo, éste ha llegado a la plenitud del Amor.

LA PAZ. Cumpliendo con alegría los preceptos del Señor, además del gozo espiritual, tendremos como consecuencia la tranquilidad de ánimo que perfecciona ese gozo: LA PAZ. ¡Lo que vale este fruto del Espíritu Santo! Vale más que todos los motivos de perderla. Ella fue la ejecutoria de Jesucristo. En su Nacimiento cantaron los Angeles: «Gloria a Dios en los cielos y en la tierra *paz* a los hombres... ». Su saludo siempre es el mismo: PAX VOBIS, la paz sea con vosotros. Saludo que manda practicar a sus discípulos: «Cuando entréis en algún lugar, lo primero decid: La paz sea en esta casa».

En efecto esa ha sido la misión secular de la Iglesia, ser sembradora de paz. Paz del mundo y sobre todo paz de las conciencias. El sosiego en la mente y en el corazón, la «tranquilidad en el orden», como dice San Agustín. Y esa es la ejecutoria de los que aman al Señor y quieren cumplir su Ley, como dice el Salmista, 118. «Mucha *paz* tienen, Señor los que cumplen tus Leyes, nada los hace tropezar».

CAUSAS QUE PUEDEN ROBARNOS LA PAZ

Como la paz es tan gran don, bueno es estudiar la manera de conservarla. ¿Qué nos roba la paz?

I. Las perturbaciones del alma por cosas *pasadas*: escozores de conciencia, remordimientos, escrúpulos...

II. Desorden en lo *presente*: malas acciones, intenciones no rectas...

III. Preocupación por las *futuras*: deseos desordenados, aspiraciones irrealizables, etc...

¡Cómo se conjuran los enemigos para arrebatarnos lo mejor que tenemos! Pero nada podrán si renunciamos de nuevo a nuestra voluntad y lo ponemos todo, hasta nuestros pecados, en las manos de Dios. Así lo haría el autor de esta letrilla, que rezuma paz y abandono en las manos de Dios:

«Dios es la suma bondad
Y sabe lo que nos conviene
El Señor aquí nos tiene
Hágase su voluntad»

Apoyados en Jesús, que es nuestro Mediador y Abogado ante el Padre, que aún nuestras flaquezas ama con ternura, que cuando volvemos a Él con confianza, a pedirle perdón, nos quiere aún más que antes de la falta; ¿qué pecado puede haber que nos robe la paz?

En cuanto a los deseos y aspiraciones, desprendámonos de ellos, por un completo abandono en las manos de Dios. Cuidemos sólo de agradarle, y Él cuidará de lo nuestro. Que ningún acontecimiento sea capaz de turbarnos. Dios lo manda o lo permite, por tanto es para nuestro bien. Roguemos al Señor que nunca hagamos motivos de perder la paz. Ella radica en el testimonio de la buena conciencia. Sólo el pecado es el que roba a Dios y con Él la paz. Procuremos estar en paz con Dios y con nuestros hermanos y lo estaremos con nosotros mismos. Que de tal modo sea Él el dueño de nuestro corazón que nos quite la libertad de ofenderle. Y si para ejercitar nuestra confianza nos la deja, y usando mal de esa libertad cometemos infidelidades, que el amor saque partido aún de la falta, consumiéndose en arrepentimeiento tranquilo, y Jesús hará renacer en nuestro corazón la paz humilde y profunda.

Paz y confianza, que quita hasta la zozobra de la suerte incierta de la otra vida. Paz anticipo del cielo, que esperamos. En Ti, Señor, esperé, no me confundirás eternamente.

ALMAS VICTIMAS

Termina la Santa su ascensión espiritual sugiriendo a las almas que se ofrezcan como víctimas de amor a Jesús. A tal efecto, ella misma compuso un precioso «ofrecimiento», que luego veremos y que está indulgenciado por la Iglesia.

Pero antes nos muestra así su alma «víctima» de Amor. «Tenéis, Señor, muchas almas que se ofrecen como víctimas de vuestra justicia; pero pocas como víctimas de vuestro amor. Si encontrarais, oh Dios mío, muchas almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a vuestro amor, las consumiríais rápidamente y os gozaríais en dilatar las llamas de infinita ternura que encierra vuestro pecho. El tránsito para estas almas sería un suave deliquio y su juicio extremadamente benigno.

¿Cómo Vos, Dios mío, que no os dejáis vencer en generosidad, habíais de juzgar severamente a las víctimas de vuestro amor, que consumieron su vida en amaros y daros gusto?

Haced, Señor, que yo sea una de esas dichosas víctimas; una hostia pequeñita consumida en el fuego de vuestro divino Amor.

OFRECIMIENTO COMO VICTIMA DE AMOR A JESUS

«¡Oh Dios mío! Deseo amaros y hacer que os amen. Deseo cumplir perfectamente tu voluntad, ser santa; pero siento mi impotencia y por eso os pido que Vos mismo seais mi santidad.

Os ofrezco los méritos de Jesús, de los santos y en especial los de la Santísima Virgen, mi Madre querida. Quedaos en mí como un Sagrario; no os alejéis jamás de vuestra pequeña hostia. Os suplico me quitéis la libertad de ofenderos y si por flaqueza caigo alguna vez, que al punto vuestra mirada divina me purifique. Os agradezco cuantas gracias me habéis concedido, especialmente la de haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. Después de este destierro, espero ir a gozar de Vos en la Patria; mas no quiero atesorar méritos para el cielo, quiero trabajar sólo por vuesto amor, con el único fin de agradaros, de consolar vuestro Corazón Sagrado y salvar almas que os amen eternamente.

En el ocaso de esta vida, me presentaré ante Vos con las manos vacías, porque todas nuestras justicias están manchadas en vuestra presencia.

Quiero pues revestirme de vuestra Justicia y

recibir de vuestro amor la posesión eterna de Vos mismo. Y a fin de vivir en un acto de perfecto amor, Yo... N.N. *me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso,* suplicando me consumáis sin cesar, dejando se desborden en mi alma los raduales de infinita ternura que se encierran en Vos, para que de esta suerte llegue a ser mártir de vuestro amor, ¡oh Dios mío!

Que este martirio, después de haberme preparado a comparecer ante Vos, me haga finalmente morir y que mi alma se arroje sin demora en el brazo eterno de vuestro amor misericordioso.

Quiero, oh Amado mío, a cada latido de mi corazón, renovaros este ofrecimiento, hasta que desvanecidas ya las sombras, pueda de continuo declararos mi amor en la visión eterna».

CONCLUSION

Doy fin, amado lector, a estas líneas, en las que he procurado vivamente el provecho espiritual tuyo y mío.

Ya decíamos al principio que por lo mismo que todos estamos llamados a la santidad, y hemos de trabajar por alcanzarla, hemos de acceder a ella con cierto método y orden, así nos sería más fácil conseguirla. Ese fue el propósito. El resultado Dios lo dirá y nuestra conciencia responsable.

De todos modos es cierto que hemos puesto todo el empeño posible en conseguirlo.

Si alguna de ellas ha despertado en tu corazón, deseos de más amor a Dios, de más alta perfección, vuelve a leerla; pero no de corrida, que no te serviría de provecho, sino punto por punto, rumiándola y saboreándola, en la soledad del Sagrario, hasta asimilarla y hacerla sustancia propia.

Es doctrina de Amor. Y si por los efectos se conoce la causa y por los frutos el árbol, por ese fundamento solidísimo que descansa en Dios, por esa floración exhuberante de virtudes y dulces frutos, por esa proyección suave pero indeclina-

ble hacia el cielo, que produce el Amor; bien podemos decir con la Santa que lo único que vale es el Amor.

¡Qué bueno es el Señor, que nos ha dado esa capacidad de amar y lo ha puesto en este corazón nuestro tan pequeño para que lo llene Él mismo¡

¡Bendito seais, Señor, por esta dignación de vuestra bondad! Si nuestro destino eterno ha de ser amaros, haced que ya empecemos aquí, a cumplir este destino. Mas en tanto me tengáis en el destierro, que este caudal de energía divina no lo tenga improductivo, sino que lleno de Ti, desbordante de actividad divina mi corazón irradie fecundo apostolado, para que sea una feliz realidad nuestra misión sobre la tierra: AMARTE Y HACERTE AMAR.

OTROS ESCRITOS DEL AUTOR
Orden cronológico

* GRATOS RECUERDOS. Crónica de la Peregrinación de seminaristas de todo el mundo a Roma, con motivo de la firma del «Tratado de Letrán». Año 1929.
* CIEN TESIS DE TEOLOGIA DOGMATICA. Expuestas y desarrolladas con la tradicional estructura escolástica. Año 1942.
* EJERCICIOS ESPIRITUALES EN VITORIA Y VISITA A VARIOS CENTROS DE LA ALIANZA. Año 1944.
* DIARIO DE LA MISION. BUENOS AIRES 1960. Recuerdo vivo de aquella grandiosa Misión, donde se dieron cita 2.000 misioneros de todo el mundo.
* MINUTOS PARA MEDITAR por el Padre Eleuterio González. Charlas radiofónicas pronunciadas durante muchos años en la Emisora «Valle de los Pedroches» y que ordenadas convenientemente forman un CATECISMO EXPLICADO bastante completo. Año 1975.
* SANTO ROSARIO MEDITADO. Meditaciones sobre los quince Misterios del Rosario. Año 1976.
* HOMILIAS Y RETIROS ESPIRITUALES Colecciones. 1975-1976.
* ESCALA DE PERFECCION. ORIENTACIONES SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL Y PERFECCION CRISTIANA. Años 1937-1987.
* MEMORIAS Y GRATOS RECUERDOS DE MI VIDA. Año 1989.

INDICE

Prólogo 5
Mensaje de las aliadas 8
Un poco de historia 10
Escala de perfección 15
Perfección en la Santidad 18
Estudio asceticomístico 23
Plan de vida 31
La oración. Sus grados 34
Las virtudes en la Biblia 49
Dones y frutos del Espíritu Santo 53
Las virtudes cristianas 56
Nuevas fuentes 73
Segunda Escala de perfección 77
Las Purificaciones 79
Las Purificaciones Pasivas 86
Discreción del Espíritu 136
Devoción accidental y devoción sustancial 139
Otras normas para discernir las pruebas superiores 143
Efectos producidos por el amor 146
Alegría y paz 149
Causas que pueden probarnos la paz 152
Almas víctimas 154
Conclusión 157